



Liturgia

LITURGIA Y FRATERNIDAD

Uno cae en la cuenta de que celebrar la pasión y muerte de Jesús es comprometido y estimulante. Sabemos que no sólo celebramos el recuerdo de algo (unos gestos, unas acciones, que debamos repetir, para imitarlo, representándolo). La pasión y la muerte de Jesús se nos hacen presentes y nosotros quedamos sacramentalmente unidos a ellas.

Aquí radica el núcleo más profundo de la relación entre liturgia y amor cristiano. La vida “en Cristo”, que la celebración sacramental inicia y desarrolla, hace de toda la existencia cristiana una vida sacramental y de cada creyente un sacramento del amor entregado de Jesús: sacramento viviente de amor presente y contemporáneo. La incorporación sacramental a Cristo es incorporación a su mediador. Mediador, en Cristo, del amor misericordioso del Padre y de su voluntad de salvación universal, expresada en la preferencia de la salvación de los pobres.

Para armonizar celebración litúrgica y compromiso con los pobres, me parece necesario avanzar por este camino. Creo que el planteamiento no debe consistir en yuxtaponer sacramentos (celebración litúrgica) y estética cristiana (insistiendo, en nuestro caso, en la justicia y la fraternidad), sino en caminar hacia una ética cristiana que sea sacramental. Sacramental en su origen (la unión con Cristo) y sacramental en su destino misionero: mediadora, reveladora, transmisora, testimonial... Muchas veces nos preguntamos por la novedad que aporta lo cristiano al compromiso por la justicia y la fraternidad. Esa novedad se llama

Cristo. La posibilidad de “ser en Cristo” aporta al creyente la apertura radical al Padre (filiación) y la apertura no menos radical a los hermanos (fraternidad). Filiación y fraternidad son modos de “ser en Cristo Jesús”.

Es necesario un esfuerzo ético de justicia, amor, fraternidad, misericordia, perdón; un compromiso social concreto, serio y sostenido, traducido a las situaciones y actuaciones de cada día. Pero en un creyente, este esfuerzo es “sacramental”: remita, expresándolas, a la fraternidad y solidaridad recibidas en nuestra incorporación a Cristo Jesús; a su vida, entregada hasta la muerte de cruz. San Pablo no exhorta a *tener los mismos sentimientos que Cristo Jesús* (Flp 2,5), sino que presenta su propia experiencia personal de creyente en la línea de una nueva identidad: *ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2,20). Celebración y vida entregada son inseparables en la liturgia cristiana. El creyente no celebra y vive: celebrando, vive; y viviendo celebra.

Siendo esto así, no deja de extrañar lo que relevan algunos estudios socioreligiosos: a mayor práctica religiosa, menor preocupación y sensibilidad social y menor compromiso por la justicia y la fraternidad. Me parece una situación grave por lo que revela de ausencia de sentido social en las comunidades cristianas.

Pero si uno de nuestros problemas pastorales graves es la alternancia, sin mala conciencia, de la celebración del culto cristiano con la injusticia, alguien podría pensar que no hay más remedio que escoger entre culto y práctica de la justicia, como si fueran realidades que no pueden permanecer unidas en la experiencia religiosa cristiana. Por lo que llevamos dicho, me parece claro que la solución pasa por el redescubrimiento, o descubrimientos a secas, de la sin-